

## CONFRONTOS

JORGE DE LIMA

Una generación se puede caracterizar por sus maestros. La actual nunca los tuvo. Chesterton, Gide, Ruy Barbosa, Claudel, fueron, sólo, jefes de grupo: fisionomías de las tendencias de una época. Valen más como máscaras o símbolos, que como verdaderos focos de influencias. Un Debussy nos dió una escasa descendencia; un Picasso aparece en cada faceta de su fregolismo: es como un espejo mágico en que la pintura se descubre a cada instante. Estos títeres avanzan; pero cierran las sendas en que la generación resbala. Cuando más, indican manantiales que ellos agotaron, no más utilizables bajo pena de encontrar los que los sigan el ridículo o la palma de la mediocridad, transformándose en subproductos de escaso valor.

Una generación se define también por sus predilecciones más significativas, que son, generalmente, sus preocupaciones y sus temas favoritos. Si organizásemos una selección de los asuntos predominantes, recogidos de periódicos, revistas, programas de congresos, centros literarios y de diversiones, radio, etc., observaríamos, entre gente de espíritu vacío que quiere llenar el tiempo, la fascinación del fútbol, del cinema, del carnaval y de los deportes dirigidos para renta de clubs galantes. Los asuntos de arte se resumen en "coterias" en torno de uno o de otro poeta o escritor que tal y tal grupo considera el más grande, originándose de ese torneo animaciones ingenuas, entusiasmos sin raíces o frutos de cualquier interés material.

Confesiones, denuncias, análisis, debates: la generación actual (y no estoy mirando sólo el panorama patrio) llena, con su algazara, toda la literatura contemporánea. Con un tal acervo de documentos incoherentes y heterogéneos en que fáciles desdenes substituyen frecuentemente, por el accesorio decorativo, lo esencial oculto, es difícil resaltar los pocos trazos en que se resume en su originalidad la fisionomía de esta generación. Fijemos, inicialmente, los hechos históricos que la sitúan, el sistema de las grandes fuerzas que la conducen, la orientan y limitan. Son estas: el siglo, la guerra y la revolución. Representa el siglo una sinopsis de nuestra civilización, un periodo crítico del crecimiento de la humanidad que, por su vez, amolda las fuerzas naturales al engranaje de su propia organización. De este progreso cada siglo representa una faceta, calma o angustiada. La del siglo XIX fué tranquila; la del XX es inquieta, si no es atormentada. La máquina que el hombre ofreció al siglo puso la naturaleza a sus pies. El hombre se hizo ubicuo: avanza bajo las aguas o en la estratosfera como quiere y hacia donde quiere, y su pensamiento se transmite de antípoda a antípoda en menos de un segundo. Consiguió fáciles satisfacciones y con ellas multiplica sus deseos anulando el esfuerzo; una vida vacía de sacrificios, pues todo está al alcance de su mano, y todos los sentidos sufren la acción del ácido masage que sus experiencias inventaron para placer del cuerpo. La televisión, la radio, la crítica de libros, el artículo doctrinario, las decenas de "revistas-digest", el cinema, el disco, que substituyen al libro, reducen las inteligencias al papel de ruminantes intelectuales de lecturas ya digeridas. La actividad del ser humano se transforma en una actividad de pasatiempo deportivo e intelectual. Al lado de esta cosa gratuita, la vida vertiginosa del siglo trajo una confusión que no es solamente moral, sino que llega hasta el propio raciocinio. Se pretendió, en efecto, que este siglo hubiese dado al hombre un dominio sobre la naturaleza; pero el que le otorgaron sus conquistas fué sobre la vida por el suicidio, por la castración y por la eutanasia; dominio sobre la procreación, no por continencia sexual, sino por la

agresión criminosa a las finalidades biológicas; dominio sobre la raza por la esterilización de los individuos supuestamente inferiores e indeseables; dominio sobre sí mismo por la separación voluntaria de la familia y por el desamor a la prole futura; dominio sobre el tiempo y sobre el espacio con el avión en que el dominador conduce la muerte; por la radio que esparce el error y la mentira, y pocas veces la verdad. Dedúcese de todo esto que esta idea de dominio, encierra en su seno, la mayor parte de las veces, la privación de la vida. La guerra aceleró aún más el espectáculo del dominio y de las conquistas de esta generación. No asistimos a una guerra humana, sino de máquinas, de cifras, de aparatos de destrucción y de la posibilidad de fabricación de explosivos. Y entre la guerra pasada y la presente, esto es, durante el armisticio, los ideales antropocéntricos, las hipertrofias de la individualidad hicieron con que, llevado por su "elan" romántico -fuerza ciega y sentimental- el hombre no supiese ser previsor: el mercado mundial fué inundado de productos que la plétora y la concurrencia desvalorizaban. Chomage, miseria mundial, weltschmerz. Los valores se habían invertido; la civilización tuvo, para aliviar su fatalidad romántica, que centralizarse en lo económico, donde el hombre olvidó lo espiritual. En conclusión: la crisis humana, psicológica y moral, fué la que produjo el desequilibrio económico. Este, al lado de otras causas, apresó la irrupción de la guerra, que ya alcanza dos adolescencias. Nuestra generación fué atacada doblemente: en la juventud, y en plena madurez. Nos alcanzaron las consecuencias de la primera guerra, conocimos sus mutilados, asistimos a un armisticio agitado de revoluciones, registramos la pululación de sus consecuencias: las injusticias de los tratados, los totalitarismos absorbentes, las fiebres de las dictaduras, la "chomage", la corrupción, la desorientación económica, el hambre, la locura de los individuos. Y por la razón de la guerra haber dado a la literatura un superavit de escritores, y porque la literatura a pesar de esta superproducción aún era la cosa menos superlotada, esta generación se puso a escribir; y no conociendo si no sus decepciones y sus revueltas, sus indiferencias y sus dimisiones, se puso a contar su propia historia. Surgió entonces un exceso de novelas, cuyos héroes, habiendo solamente vivido, iban, inquietos entre sus recuerdos y sus memorias, a desnudarse románticamente delante del mundo. Hubo un exhibicionismo de la sensibilidad. Y fué cuando ensayistas y críticos que tenían la edad de estos héroes, reconociéndose en ellos, procuraron definir, a través de sus observaciones tan fáciles y comunes, la propia alma de su generación. Así, para comprender ciertos aspectos de nuestros contemporáneos, podemos, a pesar de cien años decorridos, aproximar las dos generaciones románticas, ambas nacidas en un mundo en desorden; pero el desorden actual es mucho más profundo y mucho más extenso que el de cien años atrás. Del mismo modo, nuestra crisis de desesperanza es mucho más grave que la de la otra generación romántica, pues asocia a las renunciaciones intelectuales de aquella época, otros sufrimientos que le son propios, como la lucha entre el individualismo (común a las dos fases), y las amenazas, la presión aplastante de la masa. Se quiere huir. Se huye para el pasado, para la niñez.

Se excavan los tiempos perdidos, se exhuman las infancias desaparecidas. No olvidamos que la mayoría de las novelas y de los testimonios giran en torno del niño o del adolescente del siglo. Al contemplarse, el adulto sólo ve el niño que fué. Los espejos de facetas múltiples que Freud, Proust o Gide le ofrecen, desdobl原因 al infinito sus experiencias, llevándolas hasta las aberraciones. Es todo sentidos e imaginación incoherente en esta carrera hacia toda especie de sensaciones: sensaciones gustativas, sensaciones auditivas, sensaciones musculares, mórbidas, monstruosas, acrecidas de todas las relatividades y de todas las dimensiones; pero en medio de todo este vórtice se encuentra solitario e insatisfecho.

Hubo un momento en que esta inquieta generación quiso reposar de cualquier responsabilidad, y se entregó de cuerpo y alma a la masa y a sus problemas, a los nacionalismos y a sus decisiones como romanticismo de 1940. En medio de los clamores de tales dimisiones y de tales abdicaciones de la persona humana, los poetas más sensibles comenzaron a lamentarse, a llorar o a fingir que lloraban; pero en el fondo no eran más que unos egoístas, y las máscaras que ostentaban no correspondían a lo que realmente existía dentro de ellos. Empezó un terrible conflicto entre la máscara, el actor y la existencia. Una de las características de la confusión en que se debate la vida de hoy es justamente ese desencuentro entre la vida del personaje, la máscara y el actor. Así podemos ver el papel de poeta representado por el negociante, el de místico por el conductor pagano, el de clérigo por el sibarita. En el romanticismo se asistió al mismo fenómeno. Su tipo intelectual más representativo y más simpático, Jean-Jacques, muda completamente la ideología de su "Discurso sobre las Ciencias y las Artes" con una simple visita a su amigo Diderot; él, que se preciaba de hombre libre y de hombre de ideas, adula a Malesherbes, jefe de la censura oficial, adula a todos sus ricachos editores, adula a la vieja decrepita de Warrens, adula a los potentados; y, descastado hasta el punto de no dar ninguna importancia a sus hijos, da consejos sobre maternidad y alimentación infantil, asuntos ajenos a sus actividades. Súbitamente se arrepianta, se lamenta, confiesa sus errores, sus debilidades, en un llanto sin fin.

Los Westhers modernos se suicidan en masa románticamente por los regímenes erigidos en Bien-Amadas. Se quiere vivir en constante peligro, corriendo hacia la muerte, ofreciéndose a la vorágine de la guerra por una ideología, por un mito cualquiera. Se marcha hacia los frentes, y en los aparentes remansos de las ciudades amenazadas de revoluciones, los jóvenes y las muchachas de Proust, divorciados de cualquier compromiso familiar, se gobiernan por un idéntico gusto pervertido de libertad, alrededor de "cook-tails", dentro de casinos y dancings.

El sensacionalismo de los periódicos burgueses explota las noticias de los escándalos pasionales con dobles suicidios, asesinatos de amantes contados en el lugar común de "no culpen a nadie..." verdaderamente imbéciles, pero sinceramente románticos.

Confrontar 1940 con 1840 nos hace conocer mejor nuestra época. La juventud que asistió a la guerra del 14 y que en plena madurez asiste en "reprisage" a la tragedia, después de un corto intervalo en que surgieron comparas más horripilantes y sanguinarios, sufre, como los hombres de ha cien años, de una inquietud agravada por una mórbida crisis romántica, complaciéndose en sus decepciones, en sus males, entregándose sin resistencia a falsos conductores de cruzadas sangrientas, a facinerosos contemplados románticamente como héroes.

Mas la juventud actual, a quien la vida negó la serenidad en la fe, puede rebelarse y pasar a la acción. La acción salvó a la juventud de ha un siglo, incorporándose en ella como su único y verdadero fermento evangélico. ~~La acción~~ Y hubo una renovación. La acción salvará a la segunda si ella busca la Verdad sin superestructuras viciosas; si consigue dejar de lado los males que la hacen planidera, suicida, evasora. Es necesario que sea sencilla, pura, alegre, poética, fraternal, y cristiana, como el Poverelo.

JORGE DE LIMA

Versión española de  
J. Torres Oliveros.